



Luis Alonso Luengo

LAS PIEDRAS PRECIOSAS EN EL YANTAR

(publicado originalmente en TEORÍA Y HECHOS, el 5 de diciembre de 1945)

Recuperamos en este número de la revista otro artículo de una de las mejores etapas como escritor de Luis Alonso Luengo: los años cuarenta. Como nos indicaba el profesor Roberto Fuertes-Manjón en la introducción del que publicamos en el número anterior; Luis Alonso ofrece una recreación, entre nostálgica y totalizadora, de lo mejor de la prosa modernista. El modernismo fue un estilo por el que el antiguo cronista de Astorga sintió, como decía también Fuertes-Manjón, auténtica veneración; el que utilizó para ofrecernos sus mejores textos, muchos en la década de los 40, época, como apuntábamos, a la que pertenece éste, publicado en 1945.

EL MALEFICIO DE LOS MANJARES

El innato terror humano ante el misterio deslumbrante de la naturaleza; la angustia ante lo cósmico, origen de toda superstición, había de hacer acto de presencia al enfrentarse el hombre con el manjar para comerlo, para fundirse con él biológicamente. Era - legumbre, ave, pescado- el que se incrustaba en nuestro ser, un trozo de la naturaleza y, como tal, en posesión de todos los profundos, posibles, maleficios de ella.

Pero ya desde la remota antigüedad, había el hombre creído descubrir en ciertos seres (naturales también), propiedades maravillosas capaces de contrarrestar a aquellos maleficios. Estos seres, que desenvolvían su vida inmóvil acorde con las líneas astrales, eran las piedras preciosas. Pequeñas, bellísimas, todo un mundo inmaterial, de luz o de color, se condensaba en ellas, tan poderoso que era capaz de aniquilar al mundo gigantesco del cosmos. Cada piedra con su mágico poder, frente a lo natural. Y así la ságitra atraía a las nubes; el coral detenía al rayo; el diamante producía frío; el rubí construía calor...

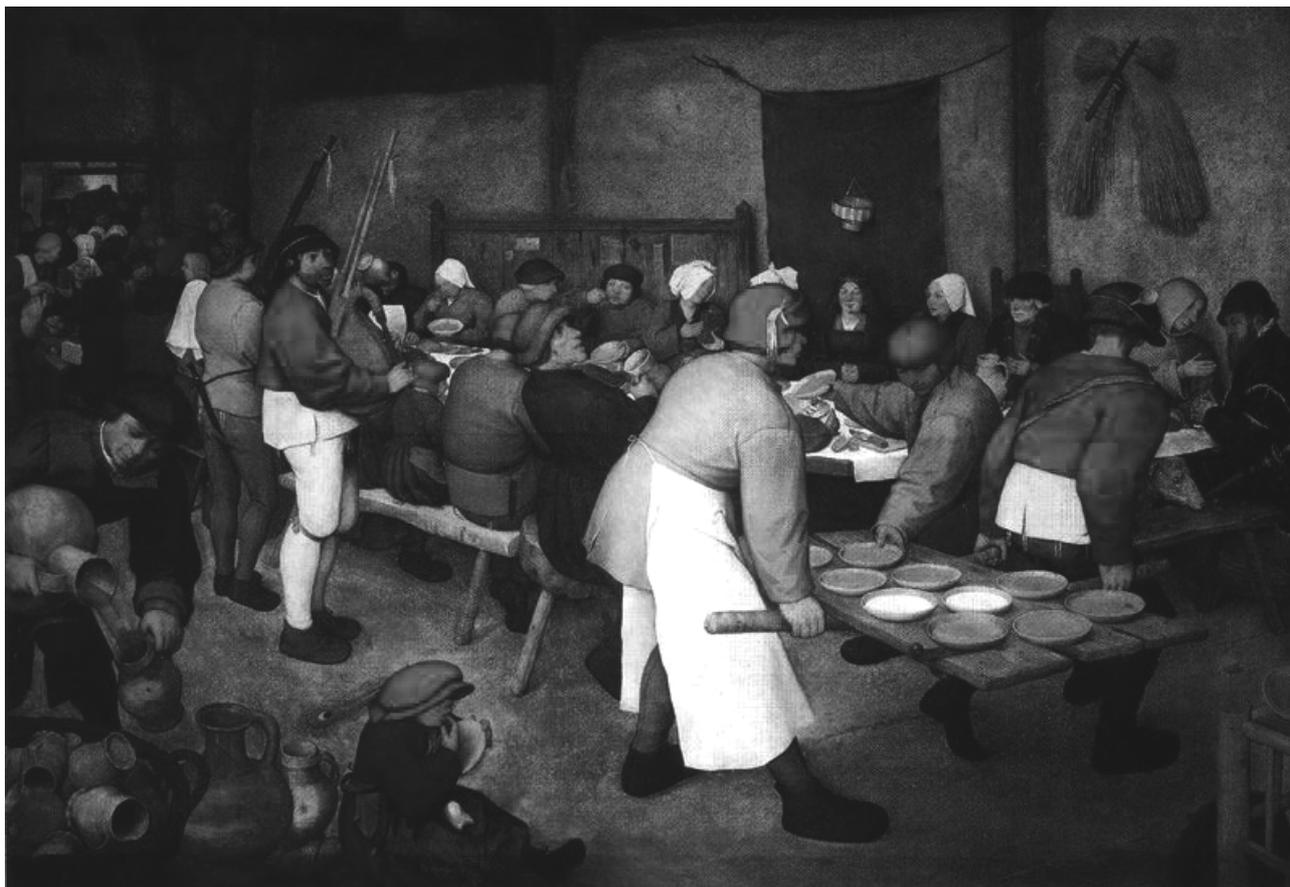
Siendo ello de este modo, ¿no se hacía necesaria, en el acto del yantar, la presencia de estos seres para que, con su poder sobrenatural, anularan, directa e inmediatamente, los presuntos maleficios de los alimentos antes de ser engullidos? ¿Es que podía quedar el hombre inerte, en momento tal, frente a las fuerzas maléficas, ponzoñosas, disponiendo de instrumentos para conjurarlas?

DIÁLOGO DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

Y viene la norma que impone la etiqueta del comer: lleven los comensales «guarnidas sus manos con sortijas que tengan piedras y engastaduras valientes contra ponzoña».

Sentados, caballeros y damas, sobre la amplia mesa, derraman las velas, desde las manos inmóviles de los mozos de comedor, su luz fluctuante en el salón. El Trinchante, taja, en el aparador, las viandas sólidas y, tajadas, las coloca en los platos de los comensales, quienes, con tres dedos de la mano derecha, las llevan a la boca. Chorrea la grasa por los dedos, y mancha las piedras preciosas que así, privadas del nimbo de su resplandor, que es donde reside su fuerza contra el maleficio, quedan sin eficacia, sin ímpetu mágico, vacías de su poder, vencidas por ese nefando elemento: la grasa.

Para resolver la situación, surge una de las más pintorescas invenciones humanas: el tenedor. Toman los comensales los alimentos sólidos clavando en ellos este instrumento, y, con él, los ascienden hasta los labios, sin que la línea fina de la mano se quiebre en grasientas suciedades; sin que las piedras preciosas pierdan su inmaculada pureza. Es un aleteo de blancas manos, sobre el mantel, que fingen ahora un oleaje de estrellas, al recoger primero y devolver después, en mil irisaciones, las luces de las lámparas, con un dominio total del ámbito, con un triunfo pleno contra el maleficio. En el diálogo entre las piedras



Banquete nupcial. Pieter Brueghel el Viejo. 1568.
Óleo sobre tabla. 114 x 164 cm. Kunsthistorisches Museum. Viena. Austria

preciosas y los alimentos, son aquellas las que han vencido.

LA PIEDRA DE MAYOR PODER

Cada piedra preciosa, según los lapidarios, tiene poder contra los maleficios de uno o varios determinados alimentos. Son el rubí, el diamante, el olicornio, la esmeralda, el coral, las que más usualmente se utilizan. Los comensales deben cambiar sus joyas a medida que nuevos alimentos van llegando a la mesa, para atemperar, así, cada piedra a cada manjar. Por eso el Maestresala ha de ser «sabidor» en ciencia lapidaria y astrológica, y ha de llevar, junto a la dirección del protocolo, meticulosa cuenta de las piedras preciosas que en cada momento se han de usar. Ello crea no sólo una engorrosa complicación en el ya complicado ceremonial del comedor, sino una gravísima responsabilidad para el Maestresala, que tiene en sus manos y a riesgo de cualquier descuido suyo, la vida de los comensales y la del propio rey o señor.

No pasó esto desapercibido para don Enrique de Villena que, con sus artes nigrománticas y su erudi-

ción clásica, se dio a descubrir para bien del Maestresala, uno de los más sorprendentes misterios del lapidario: una piedra preciosa que resumiera y sintetizara los mágicos poderes de todas las demás y fuera capaz de contrarrestar toda suerte de maleficios y de enfrentarse con todos los posibles nefandos sortilegios. Esta piedra era, según Aristóteles, la que llevaba consigo siempre Alejandro Magno para atraer las más felices estrellas.

En su gabinete de alquimista, entre luces y sombras extrañas, la mirada aguda de Villena, consiguió da con el secreto: construyó la piedra «con el corazón del home muerto con veneno endurecido o lapidificado cado en fuego reverberante».

Desde la mano del Maestresala, encima de los guantes o lúas, el macabro hallazgo desparrama sus rayos misteriosos sobre el salón, y a su contacto huyen los maleficios todos de los alimentos que quedan limpios de poder nefando. Esta piedra tiene un nombre, que Villena anota cuidadosamente: *pirofiles*.